

LA LUZ TRAS LA JAULA



EDUARDO ENRIQUE GALINDO

La luz tras la Jaula

Hablar de un libro es una materia que debería competir sólo a técnicos en literatura. Pero comentar —a lo amigo— el libro que alguien ha leído, puede ser materia de cualquier lector.

Eduardo Galindo no es un escritor, y su libro no constituye una obra maestra, de aquellas que podrán —con el correr de los años— adornar la galería de los clásicos. Eduardo Galindo es simplemente un hombre, y su libro es la historia de su vida, contada simplemente, como se cuentan las aventuras aquellos que se sientan frente a una mesa en un bar, a beber una botella de vino.

Estoy seguro que la única aspiración de Eduardo Galindo al entregar a las prensas "La Luz tras la Jaula" es demostrar que también tras las rejas de un presidio puede alumbrar una luz que otorgue al hombre que ha delinquido la esperanza de una readaptación.

El es un ejemplo de ese optimismo. Desde el más bajo estrato delictual, Galindo supo sobreponerse a las perniciosas influencias del mundo del hampa que tiene —lamentablemente— en cada cárcel su universidad, y abrazando una fe religiosa, trazó otro rumbo a su vida, convirtiéndose ahora en un hombre honrado, que no sólo sirve el núcleo familiar que dirige, sino que también a muchos otros que están sufriendo condenas, y vean tras la jaula, alumbrar la luz de una esperanza.

La lectura de "LA LUZ TRAS LA JAULA" no sólo servirá de ejemplo a los que se encuentran privados de libertad, sino que también de advertencia para el hombre de la calle de la necesidad de pensar, como una manera de convertir a nuestro mundo en un mundo mejor.

Manuel Fernández Martín

INTRODUCCION

Hace sesenta y cinco años que una mujer humilde, de aquellas que tienen las manos encallecidas de amasar pan, de fregar ropa en el río y de empuñar un machete para picar leña, daba a luz en la tierra COLCHAGUINA ayudada solícitamente por las comadres de los alrededores.

El milagro se vuelve a repetir como miles de veces todos los días y había surgido una vez más.

Con la serenidad de todas las cosas de la naturaleza, así como en un punto ignorado cae por las noches una estrella fugaz, o con la certeza de las golondrinas para evacuar un territorio antes de que se huelan las lluvias invernales, caía sobre Polonia, un villorrio de COLCHAGUA, la tierra de los buenos campos, del vino tentador, de las mujeres morenas, y de los huasos amantes del rodeo, EDUARDO ENRIQUE GALINDO GALINDO nacía.

Lector:

Si deseas saber lo que yo he sido, da vuelta la hoja y continúa leyendo.

Si por el contrario, no deseas conocer lo que es la vida en las garras del delito, del vicio, incluso de la muerte, pero cómo un hombre puede rehabilitarse por amor, cierra las tapas y devuelve este libro a las telarañas de la estantería.

El autor.

EX 0.50

Concursos
Certificados

1948 - 53

El Conservador del Archivo Nacional, que suscribe, certifica en atención a la solicitud N°1037, de 23 de julio de 1969, que en el libro "Ministerio de Justicia.- Decreto Supremo N°s. 591-630.- Año 1946", se encuentra lo que sigue:-----
"N° 597.- Santiago, 23 de mayo de 1946.- Vistos autos antecedentes,.- Decreto.- Indícalase al tiempo que lo falto para cumplir su condena al reo Enrique Pérez Salgado, de la Penitenciaría de Santiago.- Téngase rubricado y comunicados.- (Fco) A. DURANDE.- Enrique Arriagada Saldaña.- Tomado Baseo.- 25. may.- 1946.- (Fue) Cruzmancor.- Contralor General".

FOYET ACQUIN
Date: 0.50
1.00

En el lejano año 1904 fue uno de esos de largo invierno, uno de esos en que las viejas campesinas gozan friendo en grasa los picarones y las sopaipillas olorosas de zapallo, mientras en el techo de totora, las gotas de la lluvia tamborilean una canción sincopada.

Sin embargo, el 10 de Agosto de ese lejano 1904, en el interior de una rancho de Polonia, en medio de la campesina provincia de COLCHAGUA, una mujer no hacía caso del agua que se filtraba por los mil agujeros del techo, y tendida de espalda en un viejo catre de perillas de bronce se retorció por el dulce dolor del alumbramiento. Esa mujer era mi Madre y el dolor lo causaba yo, pujando para llegar a la vida.

Ahora cuando pienso, me digo que ese dolor causado hace tantos años involuntariamente, era un dulce dolor comparado con los que le provoqué a mi Madre, durante casi toda la vida.

Mi Madre era hermosa... Esa hermosura campesina, de pelo largo, rostro moreno y talle delgado, en el que asentaba un delantal floreado. Mi Madre conoció el amor, verdadero o no, antes de casarse con aquel que después, yo creería que era mi verdadero padre.

Esos primeros años del balbuceo y de las conquistas de los rincones de la rancho, gateando entre las patas de las sillas de paja, los pasé con ella, mi buena mamá Carmen, y con mi abuela, vieja y simpática y consentidora.

No sé bien cuando, un nuevo amor tocó a las puertas del corazón de mi Madre, y ella, pese tenerme a mí, las abrió de par en par. Un hombre llegó a nuestro lado y se convirtió en mi padre. Y para que ello tuviera aún más realidad, me dio hasta su apellido.

Las entrañas fértiles de mi Madre no tardaron en darme uno, dos, tres y muchos más hermanos. Las enseñanzas de ella y los coscorrónes generalmente bien intencionados de él, me otorgaron el don de mando sobre mis hermanos, y así cuando muchas hojas del calendario se hubieran desprendido, llegando después un mes de Marzo con el Tan Tan de una campana escolar, fuí yo el que presidía la parvada hasta el pizarrón, los viejos bancos y la profesora primaria.

La casa ya no era la misma rancha de antes. El hogar estaba ubicado cerca de una estación de Ferrocarriles, un pueblo cuyo nombre tienen el sonido joven de mis años de escolar: TINGUIRIRICA. Más que pueblo, TINGUIRIRICA, era un conjunto de seis casitas en donde vivían otras tantas familias, todas ellas pertenecientes a empleados de la Empresa de Ferrocarriles.

Parece que en TINGUIRIRICA, el mirar las líneas paralelas de los rieles, empezó dentro de mí el deseo de salir, de caminar por sobre los durmientes, sin rumbo fijo, a tentar suerte.

Pese que mi padre ganaba una entrada considerable, el dinero era poco para mantener tantos niños. Vinieron pues a la casa algunos pensionistas. El mundo empezó a abrirse para mí conociendo sus características mediante las profesiones de aquellos que vivieron en nuestro hogar. Telegrafista, Bodeguero, y hasta alguna profesora del lugar.

El nivel social de nuestra familia notoriamente iba en aumento.

Llegó el día en que mi Madre dispuso que mi hermano asistiera a clases en el Liceo de San Fernando. El corazón de mi Madre se reveló, y empezó una dura lucha para conseguir también para mí educación secundaria.

Mi hermano Luis fue a San Fernando al Liceo, y yo a una Escuela Superior. Conoció lo que eran las diferencias. Luis tenía los mejores trajes, los libros más costosos y por cierto, mi padre le daba hasta dinero para alguno que otro gastillo. Yo usaba las ropas de él, cuando estaban ya gastadas, y debía empeñarme para no aparecer un ignorante a sus estudios secundarios.

Las diferencias nos separaron. Las primeras riñas entre Luis y yo, produjeron una reacción furiosa en mi Padre. Mi Madre entonces tomaba partido conmigo, y la tranquilidad hogareña empezó a quebrarse.

Pero en realidad la crisis se produjo después de una de nuestras riñas, cuando Luis, en la ofuscación de verse en desventaja, me gritó: ¡Tú no eres mi hermano! Tú eres un "huacho"....

La palabra "huacho" golpeó más que en mis oídos, en mi corazón. Junto al dolor que sentí por el insulto, surgió de mi mano derecha el puñetazo que se incrustó en las narices de Luis. La sangre empezó a mojarle los labios, en donde ya surgía la línea negra del bigote.

Nunca dejé de oír la palabreja cuando reñíamos con Luis... "huacho, huacho...".

Estas riñas, cada vez más seguidas, fueron rompiendo más y más las relaciones de la casa. Muchas veces podía ver a mi Madre llorando a hurtadillas, y en mi corazón responsabilizaba a mi padrastro, del dolor que le causaba.

Y fue una de esas oportunidades cuando por primera vez en mi vida sentí el deseo de tener en mis manos un revólver y disparar, disparar contra el hombre que hacía tanto sufrir a mi Madre Carmen.

Pese a todo, mi buena mamá Carmen deseaba que yo siguiera en la escuela. Y sin pecar de falta de modestia, puedo señalar que, quizás por ese mismo empeño que ponía mi Madre en que yo fuera algo en la vida, mis estudios eran satisfactorios en sus resultados. Más de alguna vez, mis profesores decían que había aprendido más de lo que ellos mismos me habían enseñado. Por ese tiempo quería saberlo todo... Quería que mi nombre brillara por sobre los del resto del curso, y tenía un carácter amistoso, que me granjeó buenos amigos entre mis compañeros.

Pretendía ser amigo sólo de aquellos que tenían mejor situación económica.

Paradójicamente con lo que el destino me deparaba, me gustaba la decencia y era orgulloso. Bueno, en realidad, el orgullo fue una de las cualidades que nunca se me despegaron.

Mi pobre Madre, viendo esas cualidades, trataba de mantenerme en iguales condiciones que mis hermanastros, todos menores. Pobre buena mamá Carmen, ella nunca hizo distinguirlos uno del otro, éramos todos iguales.

Sin embargo, la conducta de Juan hacia mí, era diametralmente opuesta.

Como niño al fin, siempre deseé algún regalito, algún cariño, del hombre que consideraba era mi padre. El, detrás de sus grandes bigotazos, me miraba con la cara hosca que pone el sargento para atar a sus peores conscriptos.

Y he aquí algo extraño: Pese a que él era tan despota, siempre tuvo el segundo lugar en mi corazón, inmediatamente después de mi Madre. Muchas veces mi

mano derecha empuñada sacó sangre de narices a alguno de los rapazueros que eran mis amigos, sólo porque lo habían tratado de “viejo”.

Pero el tiempo, implacable sigue corriendo. Y paralelo con hacer saltar los días, va poniendo más experiencia, y nos va convirtiendo de niños en muchachos. Llegaron las vacaciones de invierno.

Un caballero que solía llegar a la casa de mis padres, y que era por entonces concesionario del balneario existente en las otroras tan afamadas Termas del Flaco, en plena región cordillerana, llega al hogar y viéndome despierto me inquietó invitándome a trabajar con él como ayudante de cantinero.

La invitación atenaceó mi alma en una aventura tan prematuramente. Por otra parte, esa invitación era la oportunidad que se presentaba para salir del hogar y conocer otros mundos.

Cuando les comuniqué la noticia a mis padres, hubo dos reacciones opuestas.

El que creía mi Padre, no acusó ni malestar ni pena. Fue un gesto displicente con los hombros, una subida de cejas y un tuzarse los bigotes . . .

Algo así como decir: “si él lo quiere, que lo haga . . .” Por el contrario, mi mamá Carmen recibió la noticia con pena.

Algo se desprendía de su corazón, y ese “algo” era yo . . . Una lágrima parece que surgió de sus ojos, pero ella presurosa, la secó con el borde de su delantal de percal. Me pidió varias veces que no la dejara, y para mí, tan joven aún, esa solicitud de mi madre se aparejó a una especie de abandono que yo haría de ella.

Sin embargo, logré que me otorgara el permiso para salir del hogar.

Y así, en un verano, con un poco de ropa, y hasta con una tortilla “p’al hambre”, emprendí el viaje, el primero de mi vida, que me separaría de los míos.

Don Benigno Fuentes era un hombre que rápidamente me tomó confianza, tenía unos treinta y cinco años, alto, macizo y muy caballero, esa dote lo hacía admirado por las bellas turistas que por aquel tiempo llegaban a las Termas.

Yo me sentía todo un hombre cuando detrás del mostrador, con un delantal blanco, despachaba los pedidos, muy distintos a los que ahora están en boga.

Nada de pisco sour ni cosas por el estilo. Para las damas, agüitas y para los caballeros, jérez de la frontera.

Sin embargo, el vino añejo era el licor que más se vendía, y cada día tenía que ir hasta la bodega a sacar el vino añejo de los barrilitos.

Haciendo recuerdos de aquella época, puedo decir que en ese tiempo no había caminos para vehículos motorizados hasta el balneario, lo que obligaba a subir toda la mercadería a lomo de mula.

El vino añejo había que sacarlo de las pipitas por medio de una manguera, a la cual antes había que chuparla un poco. Después de hacer este trabajo todos los días, me encontraba que cuando llegaba la noche mis piernas no me obedecían con la seguridad de las mañanas. Cuando me acostaba, sin darme cuenta, estaba ya totalmente borracho.

A los trece años, ésto para mí era el espaldarazo que el destino le daba a mi hombría, y cada día me sentía más feliz de emborracharme como cualquier varón hecho y derecho.

Con mi trabajo estaba prácticamente cancelado con mi felicidad. Don Benigno me dijo cierto día que con todo lo que tomaba al día ya estaba pagado mi sueldo. En realidad, no sólo tomaba sino que también comía a cuerpo de rey.

A mí el dinero no me preocupaba mucho, sólo deseaba que al terminar la temporada Turística, me dieran algo de dinero para poder llevarle un regalito a mi recordada mamá Carmen.

Justamente, hablando con otro empleado que nada tenía que ver con la cantina, le hablé sobre el regalo a mi madre, me aseguró que nada conseguiría, y que era mejor que siguiera tomando, que incluso pusiera la mano sobre el cajón del dinero del patrón.

Por estos consejos el viejo empleado, pedía, en retribución que le llevara vino por las noches. Muchas veces, él y yo, nos embriagábamos totalmente con el vino que sacaba a hurtadillas de la cantina.

Al principio no me atreví a sacar dinero, pero posteriormente el mismo viejo mayordomo me convenció de que era justo que robara, y noche a noche empecé a sacar algunas monedas, y hasta uno que otro billete de un peso.

Con la sagacidad de los niños, la alcancía que ocupaba era un simple agujero bajo una piedra, en los cerros cordilleranos, no lejos de la casa de mi patrón.

Poco a poco el valor fue aumentando, y sacaba dinero y bebía vino. Dos cosas que antes no conocía, empezaron a brillar muy dentro de mí: el vicio del licor y el amor al dinero.

Llegó el día en que terminó la temporada de las termas y regresé a la casa de mis padres.

Pero cuan distinto regresé. Ahora era un hombre hecho y derecho, o por lo menos eso es lo que yo creía. Sabía beber, había aprendido a robar y conocía lo que es dormir bajo otros techos, no los paternos.

Mi buena mamá Carmen, con esa visión que sólo tienen las madres se dio cuenta que el niño que ella había entregado a don Benigno Fuentes no era el mismo, y empezaba a andar por caminos torcidos. Vinieron nuevamente las lágrimas, los consejos y las reconvencciones. Ella logró después que me recibieran en una Escuela Mixta, que estaba ubicada cerca de mi casa.

Craso error, lo que había aprendido en la Cantina de las Termas del Flaco, se sumaba ahora una experiencia nueva . . . Las niñas que eran mis compañeras de curso.

A los catorce años, el sexo empezaba a hacerse presente en mí, las chiquillas que eran mis compañeras tuvieron grandes problemas. Algunas pudieron fugarse de las garras que les tendía y que estaban muy bien tendidas por la experiencia que ya tenía y para otras, simplemente su problema fue haberse entregado a un muchacho un poco mayor que ellas; pero que por entonces se creía todo un hombre, de pelo en pecho y con atributos de Don Juan.

Tantos fueron los problemas, tantos los reclamos de las madres que veían con asombro que sus hijas escolares las convirtieran en pocos meses en abuelas, que yo, junto a un grupo de muchachos que tenían más o menos las mismas condiciones morales que las mías, fuimos expulsados de la escuela.

El hogar nuevamente, y ahora con una nueva experiencia. Yo ya era un hombre . . . robaba, tomaba y hasta podía tener mujeres.

.. Mi buena mamá Carmen volvió a desesperarse, ella descaba de todo corazón que yo fuera alguien en la vida, que el día de mañana (que ahora se ha convertido en hoy, e incluso un poco en ayer), mi nombre fuera respetado.

Es así como en un postrer esfuerzo por hacer realidad sus buenos descos, logra ponerme al cuidado de un anciano maestro, ex director de escuela.

Don Domingo Venegas, para quien guardo hasta ahora un respetuoso recuerdo, me enseñó prácticamente todo lo que sé, y (seguramente) a él debo, por esas enseñanzas, el estar escribiendo este Libro.

Pese a las enseñanzas de Don Domingo Venegas, mi conducta continuaba siendo bastante poco aconsejable.

Mi padre entonces, o el que yo creía mi padre, empezó a darme a entender en forma clara que yo no era su hijo, e incluso llegó a decirme que en el futuro tendría que arreglármelas como yo pudiera.

Por entonces se me presentó la oportunidad de trabajar establemente, con un bajo sueldo normal mensualmente, como acarreador de la correspondencia desde el correo de TINGUIRIRICA a los correos de ambulancia que funcionan en los trenes pasajeros.

Para que sirva de referencia a los actuales funcionarios de correos, yo empecé ganando diez pesos fuertes mensuales. Posteriormente me aumentaron el sueldo a quince pesos mensuales.

Los quince pesos fuertes mensuales, eran bastante buen sueldo, tomándose en cuenta que los trabajadores ganaban cuarenta cobres o centavos diarios en los fundos. Sin embargo, los quince pesos se me hacían sal y agua.

Yo estimaba entonces que debía ganar más, ya que tenía mis compromisos, no sólo con mujeres del pueblo, sino también con amigos que les gustaba estar en las cantinas y gastar sus buenos pesos en vino. Pensando cómo aumentar mis sueldos sin necesidad de trabajar más, se me ocurrió la idea de juntar estampillas viejas.

Como por mi ocupación tenía acceso a las oficinas del correo, cambiaba las estampillas nuevas de los sobres de la correspondencia, por las viejas y tapaba cualquier señal con el mata-sello. Por cierto que las estampillas nuevas eran vendidas, aumentando así mis ingresos mensuales sin mayor trabajo.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Un buen día la funcionaria a cargo del correo de TINGUIRIRICA me sorprendió en esto del cambio de estampillas, y de inmediato me despidió con el cargo de ser ladrón de estampillas, acusándome a mi madre.

Mi buena mamá Carmen, esta vez no lloró. Sobre mis asentaderas sentí el rigor de la disciplina materna con unos buenos correazos que me dejaron sin poder ocupar las sillas durante dos o tres días.

Yo no esperé a poder sentarme nuevamente para decirle a mi madre que abandonaba para siempre la casa, que era capaz de ganarme la vida y que mi destino me llevaría muy lejos de los lares paternos.

Mamá Carmen me preparó algo de ropa limpia, y llorando, me dio esa bendición que en ese tiempo las madres daban a los hijos cuando se iban de casa.

Mis pasos me condujeron hasta donde me encontré con una cuadrilla de hombres a quienes nunca antes había visto. Ellos me invitaron a unirme a la cuadrilla para trabajar en el mineral.

Las Choicas quedaban en pleno territorio argentino, al otro lado del paso Las Damas, a unos 20 kilómetros del Cristo Redentor. Buenos recuerdos quedaron en mí de esos tiempos en Las Choicas. Cuatro días de caminata demoramos en llegar hasta el mineral. Yo era muy chico como para trabajar, pero después de algunos ruegos míos, junto a la seguridad de mis compañeros de viaje, de que yo era "empeñoso", me aceptaron con una paga de seis pesos diarios, más otros cuatro pesos diarios de sobre tiempo. Ese sí que era sueldo. Claro que trabajar en aquellos años en una mina en plena cordillera, a sólo 20 kilómetros más allá del Cristo Redentor, no era tarea fácil, ni envidiable.

Como al cuarto mes de estar en la mina, me tocó bajar, acompañado de un empleado, y con pesos en el bolsillo, vino tinto en las botellas y mujeres que se ríen en las filas, la estada en los Tres Puentes duró mucho más que lo que mis patrones quisieron. Al regresar a la mina ya estaba despedido. Volví nuevamente a la casa de mi Madre. La derrota se me notaba, aún cuando mi orgullo trataba en vano de ocultarla.

La mala conducta hizo que mi padrastro me reconviniera severamente, palabras duras, ceño adusto, fue el recibimiento que tuve por parte de él.

Sin embargo, el corazón de mi Madre seguía abierto cariñosamente para mí. No escuché de ella ni retos ni reconvenciones, sólo palabras cariñosas y sus consejos de que enmendara rumbos y tomara por una senda de orden.

Una de ellas era matricularme en la Escuela de Artes y Oficios para aprender una profesión.

La segunda fue cuando fui llamado a hacer el Servicio Militar, me inscribieron en la Escuela de Carabineros, como Aspirante, para ganar sueldo y empezar una carrera que podría haberme llevado hasta el grado de Capitán.

La respuesta a ambas proposiciones fue negativa... ¡NO!

Llega el año 1920.

El año del León de Tarapacá y de esa canción que después hiciera Historia, "El ciclito lindo":

Sí, ay ay ay
Barros Borgoño
Acuérdate que Alessandri
Ciclito Lindo
Te baja el moño.

Y de frentón el León de Tarapacá le bajó el moño a Barros Borgoño, representante de la Derecha.

Yo tenía ya dieciséis años.

Se abre en San Fernando un curso para Aspirantes de Telegrafistas en la Empresa de los Ferrocarriles del Estado.

Las enseñanzas que recibiera hace algunos años de Don Domingo Venegas me sirvieron para dar el examen y obtener uno de los primeros lugares.

Terminé el curso como alumno aventajado, y la práctica como telegrafista la hice en las diferentes estaciones de ferrocarriles, entre Rancagua y Curicó.

Mi Madre veía renacer una esperanza. Pero el dinero, que todo lo consigue, no estaba llenando mis bolsillos. El que me daba mamá Carmen, ya que todavía no ganaba como telegrafista, me era insuficiente.

Estaba acostumbrado a vestir bien, elegante, a tomar de lo bueno y a rodearme de mujeres buenas mozas y complacientes.

¿Es posible ser grande, tener medios?

¿Se puede vestir elegante sin dinero?

¿Es posible conseguir amigos sin tener con qué pagar las cuentas de los bares?

¿Hay mujeres que le sonrían cuando los bolsillos están tableados y vacíos?

Las soluciones para ese problema surgieron solas. Las inicié pidiendo dinero prestado a todos los amigos de mi padrastro y de mi mamá Carmen, a nombre de ellos.

Cuando esa fuente se hubo agotado, sencillamente empecé a robar lo que encontraba en mi casa, y a eso siguió una falsificación de documentos públicos.

Este delito hizo que la dirección de telégrafos me suspendiera de mis labores hasta nueva orden, mientras probara mi inocencia. Esto me fue imposible, y al sentirme convertido en culpable, las amistades me hicieron a un lado, y nuevamente tuve que salir del hogar de mi Madre.

Mis pasos me llevaron ahora más lejos y así llegué a Santiago. Santiago me abrió las puertas, con el Cerro San Cristóbal en uno de sus extremos, y con la Estación Central en el otro.

Busqué y encontré amigos. Esos mismos amigos me buscaron trabajo en la Sección Eléctrica de "Tracción Eléctrica". El jefe era inglés, y me tomó mucha estimación ya que por mi pelo rubio yo tenía parecido físico con cualquier "gringo".

El trabajo que se ejecutaba era la instalación de energía eléctrica domiciliaria y la extensión de la electricidad a los barrios más alejados de ese tiempo, tales como Pedro de Valdivia, Campos de Sports, etc.

Yo tenía la responsabilidad de distribuir el material eléctrico entre centenares de maestros.

En Santiago había algo que yo no había conocido.

La vida elegante, las casas de prostitución con mujeres pintadas que sabían bailar con tacos altos.

Vuelven nuevamente las interrogantes:

¿Cómo ser elegante sin tener dinero?

¿Cómo visitar los prostíbulos de Cumming, Maturana y San Pablo?

En la bodega yo estaba rodeado de materiales de alto valor.

Como dicen que ladrón que roba a otro ladrón tiene cien días de perdón, traté de que nadie se ganara a costa mía esos cien días de perdón.

Trabajé cuidando los intereses de la Empresa. Nadie podría haber robado diez centímetros de cable sin que yo me diera cuenta, y de inmediato lo comunicara a mis superiores.

Como hombre "honrado" mis jefes aumentaron su confianza en mí y además, valorizaron mejor mis servicios. Llegué hasta ostentar con orgullo un pase libre para usar los medios de locomoción de la Compañía, solamente tranvías, llegados de Inglaterra y Francia.

Y ya cuando tuve la certeza de que nadie podía desconfiar de mí, empecé a buscar compradores para los materiales que podría robar.

Nadie desconfiaba de mí. La buena voluntad que siempre ponía en todos los trabajos que me encomendaban, abría las puertas de la compañía, y yo me sentía un hombre importante. Pero detrás de esa máscara de equidad, las largas manos mías robaban y robaban materiales que una vez convertidos en dinero servían para cancelar las caricias de las prostitutas de los barrios bajos de Santiago, o para pagar la ropa de "gente decente" que adquiriría.

Nadie me sorprende, y yo, sin hacer caso del viejo refrán que reza "tanto va el cántaro al agua . . .", seguía robando, hasta que el cantarito se rompió.

El Ingeniero jefe era de nacionalidad norteamericana, y tenía esa característica típica de los hombres de su tierra: era medio ingenuo y medio inteligente. Al parecer, la última de las cualidades era la que más lo adornaba, ya que un buen día me llamó a su despacho y me dijo en su media lengua: Mire, usted Enrique . . . Yo estar siendo muy triste, pero aquí está su sueldo de este mes, ya no haber más trabajo for you . . .

La sorpresa era más desagradable aún, ya que acostumbrado a la buena vida santiaguina, no me resignaba, a regresar a casa de mis padres. Así como lo bueno gusta, lo malo entretiene, y una pseudohombría, un falso valor, empieza a apoderarse de mí. Me repongo . . . me digo.

Cuando llegan las pobreza hay que estar dispuesto a todo. El hombre tiene que ser hombre en las buenas y en las malas.

Cuando se acaba el dinero, se roba. Las amistades llegan junto con los vicios o con las cualidades. Cuando un hombre es honrado, sólo tiene buenos amigos, pero

cuando el hombre delinque, se rodea de amigos tan o más delincuentes que él.

Fue entonces cuando conocí a hombres cuyo único calificativo puede ser "malo". Se vanagloriaban de haber hecho grandes fechorías. Y cuando contaban sus delitos, yo me decía a mi mismo: ¿Quién fuera como ellos?

Ya dentro de mi pecho empezaba a sentir el alceio de la maldad, de la cual me costaría tanto deshacerme posteriormente.

Por aquellos tiempos se vendían libros sobre Magia Negra, y en esos folletines leí la posibilidad de convertirme en hombre invisible. Si lo hubiera podido lograr, seguramente habría sido el criminal más famoso de todos los tiempos. Con el correr de los años, y en la tranquilidad que me dan las canas, creo que ello no era más que un mucho de vanidad y un poco de desvío mental.

Fue entonces cuando mi madre me escribe para decirme que mi padrastro se encuentra muy grave. Un cáncer estaba acabando poco a poco con su existencia, y su pésimo estado de salud había obligado a la familia a que lo internaran en el Hospital El Salvador de Santiago.

La carta de mi madre traía un ruego que tenía mucho de orden: Ud. como hijo mayor mío, tiene que venir a hacerse cargo de la casa.

Don Zenón Torrealba, que era Senador, había solucionado todos los problemas con don Arturo Arriagada, por ese entonces director de los ferrocarriles, para que yo continuara en el puesto que dentro de la empresa, tenía mi padrastro, como cambiador.

Dejé Santiago, muy contra de mis deseos, y Tinguiririca me abrió nuevamente sus brazos para acogerme como trabajador honrado.

Pero la vida había dejado huellas dentro de mí. El vicio se había introducido en mi sangre y parecía que hasta el aire que respiraba en la Colchaguina provincia, era aire pesado, que no servía para vivir.

Además de lo que había dejado en Santiago, el hecho de ser un jornalero después de haber sido empleado en la misma empresa ferroviaria, era algo que no podía soportar sin revelarme.

Ganaba poco, y lo poco que ganaba había que entregarlo a la casa para que sirviera a un hogar formado por once hermanos menores que yo.

Había que cumplir diariamente con un horario estricto de trabajo y el jefe de estación, muchas veces, me tomaba como mozo para desempeñar trabajos particulares en su casa.

Llegó el mes de diciembre de 1922. Fue, entonces, cuando me revelé contra el jefe de estación, al cual increpé dura e insolentemente, no olvidándome ni de su madre, en los insultos que le lancé a su propia cara.

Vino entonces nuevamente la cesantía.

El abandono del trabajo de cambiador significó también el abandono de la casa materna y de mis once hermanos menores.

Nunca más volví a casa. Con ese propósito me encaminé al mineral de El Cobre de El Teniente.

Mi madre con ese corazón que sólo las madres tienen, supo de mi paradero y me escribió repetidamente.

Sus cartas me hacían llorar a veces, por la falta que yo hacía en el hogar, y por la forma en que mi madre me hacía notar esa necesidad. Mi madre quería que yo fuera una vez más el hijo pródigo que regresaba al hogar. Sin embargo, pese a que muy en mi interior pensaba que debía regresar, el gusto a la vida fácil y placentera me impulsaba a quedarme alejado de los míos.

Las cartas se terminaron. Un día un telegrama me anuncia como negro pájaro agorero, la muerte de mi madre.

Encerrado en mi camarote, lloré como un niño. No tenía en ese momento ni ropa para ir a los funerales de mi madre.

Sin embargo, una voz interior me hace mordirme y reflexionar:

Nunca volveré a mi tierra, a ver donde me crié y donde estuve con mis hermanos y mis amigos de infancia. Con la muerte de mi madre se acaba todo nexo con el pasado.

Me dirijo entonces a la oficina de mi jefe, un chileno llamado Pedro Madriaza, para que me arregle y pueda abandonar el mineral, el se niega, pero yo que en muchas otras oportunidades ya le había falsificado su firma en tarjetas de control de trabajo, hago lo mismo, nuevamente y bajo a Rancagua.

Entonces me repetía, entre sonriéndome, ¿Que pasará cuando revisen las planillas y vean que no he trabajado tantos días que me han pagado? Muchos otros obreros, a los cuales yo había hecho un favor similar en las tarjetas de control, por esta falsificación, fueron detenidos y encarcelados.

Octubre de 1923 me sorprende en Rancagua sin dinero, pero siempre con ansias de conocer el mundo, y por cierto, sus debilidades.

Fue entonces cuando tomé la decisión de engancharme con un grupo de obreros para ir a trabajar a las pampas salitreras de Iquique, en la zona de los desiertos.

El viaje en barco hacia Iquique, desde Valparaíso, fue algo tremendo. El "Taltal" era un viejo buque carguero, y yo no tenía ni siquiera una frazada con que taparme. Las noches me las pasaba en los botes, cubierto con lonas.

Trabajé en la Oficina Peña Chica. El calor del día y el frío de la noche, junto al desconocimiento total de la zona, el sacrificio del trabajo como palanquero en los trenes salitreros, hacía que cada día me desesperara más y más.

Como si eso fuera poco, a principios de 1924, un grupo de militares recorre las salitreras enganchando a jóvenes en edad de hacer el servicio militar.

Dentro de ese contingente estoy yo. Sin embargo, cuando viajábamos en el tren con destino a Iquique, en donde debía cumplir con la ley de reclutas, logré escaparme. Por cierto, que habiéndome fugado del servicio militar, me era imposible regresar a la Oficina Salitrera.

Por carecer de documentación, me ví obligado a recorrer los pueblos existentes en la inmensa y árida pampa nortina. Huara, Pozo Almonte, Pintado, Catalina, Alto San Antonio y tantos otros, que ahora ni siquiera existen, fueron conocidos en ese peregrinar.

Por esos tiempos, el norte era un enjambre de delinquentes. En mis andanzas conocí a varios de ellos, que prácticamente tenían formado un gremio de maleantes.

Los viejos delincuentes, asaltantes de caminos, criminales de corazón encallecido, me recibieron con los brazos abiertos.

Por otra parte, sentía una gran satisfacción en poder vivir sin trabajar, y poder manejar buenas cantidades de dinero a costa de los incautos.

Sin embargo, siempre sentía en lo más profundo de mi corazón, deseos de trabajar. En 1925, después de haber estado con esos hombres de pésimas costumbres, se abre la posibilidad de trabajar honradamente en el recinto del ferrocarril salitrero de Iquique.

Además de la paga, se me ofrecía casa y comida.

No fuí, solamente yo, el único maleante que empezó a trabajar en el mencionado recinto ferroviario. Otros tres compañeros de fechorías, ingresaron a las nuevas funciones.

Sin embargo, en los recintos ferroviarios había mucho que robar. Y bien dice el refrán que, donde fuego hubo cenizas quedan. Con mis compañeros —como para no perder la costumbre— hurtamos algo por aquí y algo por allá.

Cuando estas “misteriosas” desapariciones se notaron, no faltó alguien que me conocía y me delató a las autoridades de la empresa.

El “soplo” sirvió para que nos vigilaran estrechamente en el trabajo. Como nosotros nos dimos cuenta de la situación, nos portábamos mejor que “un hijo de las monjas”.

Juan Tapia se llamaba el “sapo”.

Nos pusimos un día de acuerdo, y como que no quiere la cosa, le formulamos una invitación para ir a beber y comer y luego divertirnos donde mujeres de vida ligera que pudieran hacernos pasar un buen rato.

Claro que de esta invitación sólo se cumplió una parte: la de tomar. Tapia borracho como cuba, sin saber nada de él ni del mundo, recibió los golpes de puños y pies de nosotros. Y como si eso fuera poco, diciéndole que todo era en castigo por su falta de hombría, los cuatro pasamos por él, tal como habríamos podido pasar por sobre una mujer, a buen entendedor pocas palabras, a buen lector, pocas explicaciones . . .

Sin embargo, en la misma noche, fuimos delatados, detenidos, y a las pocas horas éramos puestos a disposición de un juzgado de Iquique.

Cuarenta días de reclusión, dijo el juez, y esa fue la primera vez que yo fui sentenciado a la cárcel.

Habiendo obtenido, pasado un mes y unas semanas, la libertad, nos dividimos en dos grupos de dos personas.

Con mi compañero nos embarcamos como "pavos" en un vapor llamado "Flora" —el que con el correr de los años se hundiría en Valparaíso.

Cerca de las sentinas, con calores que eran casi insostenibles, estuvimos las primeras horas de navegación. En cuanto calculamos que el barco navegaba lejos de tierra, salimos a cubierta para que nos sorprendieran y así poder comer, aunque fuera a costa de trabajo.

El segundo ingeniero de a bordo, con palabras poco corteses y con más de un puntapié en el trasero, nos ofreció traernos a Valparaíso, siempre y cuando palcáramos carbón en las calderas.

—Somos choros, no vaporinos, así que no trabajamos en sus calderas.

Esa fue nuestra respuesta, la que por cierto no fue bien recibida por el oficial, lo que nosotros queríamos, se cumplió cuando el barco fondeó en Antofagasta. En un

bote a remo, los dos desembarcamos en la llamada "Perla del Norte" que por aquel entonces era una ciudad muy importante por el auge del salitre. Incluso engañamos al botero y seguramente —si está vivo— aún está esperando que volviéramos al embarcadero a pagarle el importe de su traída a tierra.

Como no conocíamos el campo de operaciones, nuestra labor fue pobre: robos chicos, aprovechándonos de las sombras de la noche y de la ebriedad de los transeúntes del barrio chino.

Con unos cuantos pesos, dirigimos nuestros pasos a la pampa. En Chuquicamata nadie puede vivir sin trabajar. Allí nos dieron trabajo, pero el frío de las noches era insuportable. No teníamos "monos" como llamaban por aquel tiempo los mineros a los sacos de dormir, así que después de pocos días, bajamos desde Chuquicamata hacia Tocopilla, guiándonos por las torres de alta tensión, y llevando algo de agua en botellas de vino.

Poco duró el agua, sin embargo, y en esa ruta debimos incluso, con peligro de sufrir una intoxicación, beber nuestros propios orines para calmar la sed.

Atravesamos el Río Loa, y tomamos algo de agua barrosa y salada. Así llegamos hasta una oficina salitrera alemana llamada "Grutta", en donde por primera vez trabajé como "pampino",

Lo duro de esta vida no me agradó en absoluto. Habiendo observado que otro trabajador tenía guardado una buena cantidad de dinero, me propuse robarlo y con el botín bajar definitivamente a Tocopilla.

Para despistar, hago el viaje en parte a pie y en parte en ferrocarriles, hasta llegar a Tocopilla. Por cierto que con buen dinero en los bolsillos, la primera escala fueron los prostíbulos del puerto.

Lamentablemente, una mañana, a la salida de un prostíbulo, me encuentro a boca de jarro con un amigo del hombre al cual le había robado en la oficina Alemana, quien, por supuesto, me estaba buscando acompañado de un detective.

Corrí, me lancé hacia la playa, traté de esconderme en los roqueríos, pero todo fue inútil.

El detective me detuvo, me interrogó y con un parte pasé al Juzgado de Tocopilla. Sin embargo, por no haber estampado la denuncia el propio afectado, salí en libertad.

Aprovechando esta situación, y sabiendo que el vapor "Santiago" se encontraba levantando presión para zarpar a Iquique, me fui a Iquique, pagando mi pasaje con el dinero que aún me restaba.

En el histórico puerto, continué robando, pero un antiguo delincuente que hacía las veces de soplón, me pone mal con el Servicio de Investigaciones, hasta el punto tal que me tomaban preso en cualquier circunstancia, "por vagancia".

El deseo de venganza se apodera de mí, y encuentro una noche al delator, llamado "el pelao Pedro", cuando estaba durmiendo.

No tenía ninguna arma conmigo. Voy hasta un restaurante de chinos y me robo un cuchillo de mesa y regreso a la hospedería en que él dormía totalmente ebrio.

Sin temblarme la mano, con el cuchillo, que tenía en su punta una especie de serruchito, le rajé la boca, abriéndosela tanto que casi le llegó a las orejas. "Toma, por hocicón..." fueron mis palabras, y desde luego, tuve que darme a la fuga.

Un “gil” llamado Daniel Silva Páez, me dio la oportunidad de robarle una libreta del Seguro Obrero, y con ese mismo nombre viví unos cuantos años sin que nadie se percatara de la impostura.

Cada día me consideraba más guapo e inteligente para engañar y robar. Sin embargo, pronto apareció en mí el vicio del licor, tenía que tomar vino para poder estar fuerte y sereno.

Esta situación me hizo bajar de categoría entre los delincuentes y me obligó a cambiar de juntas y tener como compañeros a otros malhechores ya muy conocidos por la policía.

Estas malas juntas me llevaron muchas veces a los cuarteles policiales en donde sufrí toda clase de flagelaciones. Todas las autoridades policiales me conocían en todos los pueblos del norte, y muchas veces sufrí castigos por delitos que no cometí.

No sé cuántas veces me colocaron la energía eléctrica en los miembros genitales, me bañaron con agua fría a las tres de la madrugada y me obligaron a tomar dosis de tres a cuatro botellas de agua de mar.

Este es el “premio” con que la policía del norte solía festejar a los detenidos, es decir, ya a los muy parchos. Sin embargo, hacen que el delincuente no piense en cambiar de vida, en regenerarse, por el contrario, el deseo de venganza lo hace ser cada día peor.

El respeto dentro del hampa se gana por medio de la crueldad, de las malas acciones, y cada uno de esos hechos viene a significar algo así como galones en una carrera funcionaria, para obtener posteriormente la jubilación.

Se me ocurre hacer un paralelo con la carrera diplomática (si me lo permiten los embajadores). El ladrón, al igual que el diplomático, empieza con cargos chicos, hasta ascender a embajador, recorriendo muchas ciudades del país.

Hasta ahora, habré estado en manos de la justicia ordinaria, unas treinta veces, conocía a policías que tenían fama de buenos para flagelar, como el Cabro Conceras, el Cojo Inostroza, ambos de Iquique y a otros más, que la niebla de los años no me trae a la memoria sus nombres o sus sobrenombres.

Desde Tocopilla, pasé a María Elena, una oficina salitrera, que además de ser una de las más grandes de la zona norte del país, era la más grande de las guaridas de ladrones del desierto pampino.

En María Elena hice unos cuantos "trabajitos" y salí "piolita", o sea, libre de polvo y paja, pese a que el oficial de Carabineros, Capitán Subercaseaux y el Cabo Matamoros, eran conocidos por todos los maleantes de la región, como unos investigadores de primera nota. Como tanto el Capitán Subercaseaux y el Cabo Matamoros no eran muy amigos míos, preferí irme a las pampas autofagastinas. En la pampa totalmente solo, me dediqué a hacer algunos robos de poca monta. Cuando pensaba hacerme la grande y mandarme cambiar, me pillaron los integrantes de un grupo de delincuentes, los que me obligaron a pagar "su protección" para poder seguir camino sin meterme en el territorio que ellos tenían como propio. Caminé y caminé hasta llegar a un paradero en donde debía pasar el tren longitudinal norte, que viene desde Iquique. Sin embargo, teniendo dinero en los bolsillos, no me atreví a llegar a la ventanilla para cancelar el pasaje, ya que temí estar encargado por la policía. Senci-

llamente, me subí de “pavo” en el carro tender, o mejor dicho, entre los topes del carro y el furgón, cuando el sueño pareció vencerme, sencillamente me subí al techo del vagón, para dormir sobre la pasarela, amarrado al tablón.

Claro que el despertar no fue cálido, por el contrario, estaba tiritando de frío, totalmente escarchado. Hay que recordar que la camanchaca nortina es cosa verdaderamente seria. No pudiendo soportar el frío, me bajé nuevamente a los topes, y viendo que el convoy aminoraba la marcha debido a una subida, me arriesgué a saltar a tierra para correr a parejas con él, para poder calentarme con el ejercicio. Un pitazo del maquinista, y la estación Catalina, pueblo perdido en la pampa, vecino ya a Taltal.

Una semana permanecí en Taltal robando —o haciendo la pata al cojo— para inmediatamente después tomar un nuevo tren y viajar a Pueblo Hundido. Pueblo Hundido era el verdadero Balneario de los mineros de Potrerillos. Había por aquellos tiempos las mejores casas de prostitución, los más grandes grupos de “acarreadores” (llamábanse así a los que trasladaban licor a los minerales) o “huachucheros”, los que necesitaban saber manejar una carabina Mauser para cumplir su cometido.

Por cierto que para obtener una de esas armas, había que ultimar a un carabinero para poder arrebatársela.

Estos campos fueron para mí los mejores de mi vida. “Viajes de Turismo” muy fáciles a la zona sur entre fines de 1929 y principios de 1930. Había buen “billete” y me vine a Santiago para esperar el año nuevo en la capital. El entonces Presidente, don Carlos Ibáñez del Campo

dispuso que en esas festividades se instalaran fondas a la chilena en la Alameda de las Delicias. El Presidente Ibáñez, por aquel tiempo, se convirtió en un verdadero perseguidor de los homosexuales y delincuentes. Tanto a los unos como a los otros, los fondeaban en el mar.

Ibáñez ascendió al poder en 1927. Ese mismo año (y permítame el lector hacer raconto) fui llamado al Regimiento Carampangue N^o 5 de Iquique para cumplir con mis obligaciones militares. Permanecí en el Regimiento hasta el día del Juramento a la Bandera. Estando franco, y habiéndome encontrado con un amigo, deserté de las filas. Y esto lo pude hacer debido a que este segundo paso por las filas del ejército lo hice con un nombre supuesto, y la licencia que me entregarían de nada me serviría.

Los tiempos pasados en el viejo Regimiento Carampangue, fueron para mí tres o cuatro meses muy dichosos. Debido a la experiencia delictual que poseía, siempre tuve llaves ganzúas (clavuchos) que me sirvieron para abrir toda clase de cerraduras, y saciar mi sed y mi apetito.

Pero volvamos al año 1930. En Santiago, me encontré con otra clase de amigos, pero si ustedes lectores, me permiten, abriré un nuevo capítulo. La clase delictual de Santiago era distinta. Los hombres bien vestidos, con buenos sombreros de fieltro (los que hasta ahora —para bolsillo una pistola o un revólver Smith y Wesson del ser franco— me gustan mucho) pero siempre en algún doce. Uno de esos amigos fue Juan Miranda (alias Juan el Perro) el que entregó su vida en un tiroteo contra funcionarios de Investigaciones, en los cerros cobrizos de El Teniente. Otros de esos, mis amigos, el Chago Amés-tica, de quien creo que nadie podrá dudar que ha sido

el que más asesinatos ha cometido en Chile, y que murió en su ley, a mazazos en una riña de delincuentes en el sur del país. Desde Santiago me voy al Tranque Bullileo, cerca de Parral, en donde hice algunos "trabajitos" totalmente solo.

A los pocos días me voy a Chillán. Allí carabía la cosa. Muchos amigos de mi misma especialidad, nos dedicamos a farrear a "lo rico" hasta que el dinero se terminó.

Pueblo por pueblo, Bulnes, Yumbel, hasta Temuco, fuimos caminando, haciendo alguno que otro robo y buscando siempre las aguas tranquilas. Llegó el mes de Agosto de 1932, y se organiza entonces una cuadrilla grande. Yo, por supuesto, estaba en la cuadrilla que operaba en diferentes partes de la zona sur del país. A mí me tocó saltar el fundo "Santa Marta" cuyo dueño, me acuerdo, se llamaba don Zenón Jarpa.

A unos cincuenta a sesenta metros de las casas del fundo, mis compañeros y yo esperamos que fuera la hora de comida, para que todos estén comiendo y no tengan tiempo a defenderse. Nos acercamos a la cocina, y por cierto que más de uno de esos campesinos tuvo que recibir unos cachazos para su propia tranquilidad. De ahí, nos fuimos a la casa del administrador del fundo. Toda la gente amarrada y el camino listo para ir a la casa patronal. Teniendo como santo y seña, para reconocernos en la oscuridad de la noche y en la posible batahola del asalto, la palabra "José" con el bien entendido el que no responde por José, José a las tres veces aún bien seguida, sería chiflado por el resuello del "tun tún . . .

Como estábamos "dateados" para este asalto, nada menos que por el propio administrador, el asalto se realizó sin dificultad de ninguna especie.

Sin embargo, entre las mujeres había una que era bastante agraciada, y sin estar esto previsto, yo la saqué fuera de la casa para “interrogarla” en los patios. Pero el interrogatorio hizo que la caldera tomara presión y pasara lo que cualquier buen entendedor, puede imaginar.

Ella quedó feliz y yo preocupado, pues si alguno de mis compañeros llegaba a darse cuenta de lo que yo había hecho, podía haber “rosca”.

Nos retiramos del fundo con un botín consistente en varios miles de pesos en ropa, dinero y hasta una carabina Winchester, la que sirvió para disparar varios tiros al aire como una manera de demostrar nuestro júbilo por el éxito de la empresa.

Nos dirigimos con las armas listas para enfrentar a la policía en caso de un encuentro inesperado, hacia Bulnes.

Ese día era el día de pago para todos los trabajadores que laboraban en la construcción del camino de Concepción a Bulnes.

Muchos de ellos se encontraban ebrios en sus rucas, y nos aprovechamos para saquearlos y quitarles todo el dinero que aún tenían consigo.

En la última ruca, sin embargo, había una mujer que conoció a uno de mis compañeros, nombrándolo —incluso— por su propio nombre.

El peligro de que la mujer nos delatara era mucho, así que sencillamente la sentenciamos a muerte.

Bello, uno de mis compinches, le descerrajó un tiro con un revólver del doce, posteriormente el resto de los maleantes, le dispararon con su arma. Resonó un colt, y



El autor en 1933, cuando se encontraba cumpliendo condena en la Cárcel de Bulnes.

como, siguiera viviendo, le disparé dos tiros con mi revólver Smith Wesson del nueve, allí terminó, la mujer su vida. Nos retiramos rápidamente; escondido todo lo robado nos dispersamos, esperando el momento oportuno para el reparto de las especies.

Me fuí a Chillán, y por cierto que el dinero se acabó tanto entre mujeres cariñosas de dudosa moral, como en comilonas y tomatinas. Gareteado, y sin plata ni siquiera para hacer cantar un ciego. Nos llegó "la rocha". La policía alertada de que nos habíamos separado nos echó el guante en diferentes pueblos de la zona, y una vez más me encontré con mis compinches, pero esta vez tras las rejas de un calabozo.

El 17 de agosto de 1932, fuí trasladado a Bulnes, donde se enteró un grupo de veinticuatro personas, entre asaltantes, asesinos, reducidos y encubridores, tanto hombres como mujeres. Yo permanecí incomunicado nada menos que cincuenta y tres días. Pero las flagelaciones que me hicieron sufrir los detectives en Chillán, tenían mi cuerpo a tan mal traer, que no podía agacharme ni siquiera para abrocharme los zapatos.

Creo que es necesario contar en que consisten esas flagelaciones. Colgado por los brazos, atados a la espalda, los golpes de luma en el estómago y alguno que otro en los testículos, junto a constantes baños de agua fría por las noches, hacen que la lengua se desamarre y uno pueda contar incluso fechorías que nunca cometió .

El jefe de Investigaciones era Roberto Lagos, el que personalmente dirigía las maniobras de los golpes, que los detectives llaman ahora "hábiles interrogatorios". A causa de esas flagelaciones, quedé con una lesión interna que no permitía soportar los deseos de hacer mis necesidades, ensuciando varias veces la celda con mis excre-

mentos. Estas circunstancias hicieron arder en mí, los deseos más grande de venganza, y sencillamente me revelé contra todo lo que el mundo cree que es bueno. Y esa venganza llegaba incluso a mis propios compañeros, a quienes acusaba de ser delatores.

Tuve a mucho honor que las autoridades del presidio me calificaran como el reo de más mala conducta de Bulnes. Y ese honor deseaba que llegara a ser el más malo de los penados de las cárceles de Chile. Dentro de los talleres empecé a trabajar en madera y barnizados, no porque me llamara la atención el trabajo, sino que por ello tenía acceso al alcohol de quemar, con el cual preparaba un licor que ahora le llaman "Pájaro Verde". Las continuas borracheras con Pájaro Verde causaron una gastritis de carácter crónico, que hasta el día de hoy no he podido aliviarla con ningún tratamiento.

Durante mi permanencia en la Cárcel de Bulnes, mi vida podría resumirse en las siguientes palabras: odio, amargura, calumnia para las autoridades y riñas con mis compañeros de celdas. Basándome casi siempre en mentiras, muchas veces acusé a los oficiales y vigilantes ante el Ministerio de Justicia, y también muchas veces llegaron a Bulnes Inspectores de esa Secretaría de Estado para averiguar antecedentes en relación con mis denuncias. Pero, ¡ay de mí! muchas veces también fui encerrado por esas mismas razones en celdas de castigo.

El extremo de mi mala conducta, fue el insultar en plena visita al Juez que substanciaba el proceso en mi contra, para hacer así que el Magistrado se declarara incompetente. Sin embargo, mis deseos no fueron satisfechos y fue el mismo quien me sentenció a presidio perpetuo, tres años y un día y quinientos cuarenta y un día. En el presidio de Bulnes sólo tuve un amigo, un gato, el gato mi regalón, lo enseñé de tal manera, que el animalito,

además de ser mi compañero, sabía robar, cortando con sus afiliados dientes los cáñamos de los sacos y los mimbres de los canastos, buscando su alimento.

Pepe, el gato, sabía saltar, hacer cabriolas y muchas veces parecía circo la cárcel, cuando empezada a demostrar sus habilidades. De esta forma, odiando, pasé hasta 1937.

Un día, estando agachado lavándome los pies, fui atacado cobardemente por uno de mis propios compañeros de causa, el que me dio dos chuzasos, quebrando el cuchillo contra mi columna vertebral, y dejándome una cicatriz que aún ahora la puedo mostrar en la espalda. De inmediato, saqué otro cuchillo que mantenía escondido y lo seguí por los diferentes patios del penal, a los cuales teníamos acceso. Sin embargo, fue imposible alcanzarlo y pegarle, ya que el vigilante intervino entre ambos con su bastón de luma. Las dos heridas hicieron que me otorgaran asistencia médica, y mientras estaba en cama, masticaba lentamente la venganza.

Es así como pensé en fabricar secretamente un cuchillo. Los cuchillos se fabrican en las cárceles con los pedazos de sierra en desuso, y quedan tan afilados como los utilizados por los zapateros. Ese cuchillo no tendría que ser visto por nadie, ya que con él daría muerte a mi atacante, y luego explicaría que el arma era de mi víctima y que sólo había conseguido arrebatársela en un nuevo ataque de él, dándole muerte en defeusa propia.

Pero antes de continuar mi relato, y como hay un cambio fundamental en mi vida, le ruego al lector que termine esta primera parte, demos vuelta a la hoja, e iniciemos una segunda parte.

CAPÍTULO N.º 2

Los días domingos solían venir a la Cárcel de Bulnes diferentes grupos de predicadores. Los presos "choros" generalmente nos reíamos en las propias barbas de los hombres que con un librito en sus manos de tapa negra, hablaban de Dios, del bien y del mal, y de la manera de salvar el alma.

Para los criminales de alma encallecida, como la mía no existía Dios ni ley, vida inmortal ni buenos principios. Y aquellos que predicaran sobre religión, moral y buena conducta no pasaban de ser simples "giles".

Pero un domingo cualquiera, en uno de los patios de la cárcel, escuché que uno de esos predicadores hablaba de una forma muy diferente. "Si aquí hay algún hombre valiente, decía, deseo que se acerque". Mi orgullo de delincuente, de homicida sin escrúpulos, que había sido capaz de certarle la boca a un delator, sólo por hablar mucho, y de disparar sin que temblara el pulso sobre una mujer, para que no supiera la identidad de quienes le habían robado, sintió un impacto. "Yo soy valiente y qué..." —me dije a mi mismo. Y acto seguido me adelanté hacia el hombre que había hecho la consulta al grupo de reos que formaban su auditorio.

Adopté una postura que decía a las claras quien era y cuales habían sido mis antecedentes, le espeté a la cara de predicador: "Yo soy valiente, y qué..." El predicador me miró de arriba a abajo, como si nadie más estuviera escuchándonos, me ordenó: "Si eres valiente, te arrodillarás en este mismo lugar, y le pedirás a Dios, tu Creador, que te perdone por las faltas..."

¿Arrodillarme yo? Caraniba, era una prueba bastante fuerte. Pero yo había dicho que era valiente, y el desafío estaba cruzado. Lentamente, con una rodilla primero, luego con las dos, me hiqué en el suelo y bajé la cabeza.

Por mi mente pasaba en ese momento un sólo pensamiento: "Si a causa de esto, alguno de los presos se ríe, es hombre muerto . . ." Pasarían dos o tres minutos, que a mí me parecieron siglos, y luego miré a mi alrededor. Sólo yo estaba hincado; los demás, de pié, me miraban sin curiosidad, como con respeto. Por la noche, sólo en mi celda, una interrogante daba vueltas y vueltas en mi mente sin dejarme conciliar el sueño. ¿Sería Dios que de verdad existía? ¿Ese Dios sería tan bueno que si yo hiciera un contrato respetaría su parte, dándome lo que le pidiera? El movimiento se prueba andando, dice un antiguo refrán.

Y es así como una de esas noches, cuando ya había sonado la hora de encierro, y me encontraba sólo en mi celda, sobre el camastro, cerré los ojos y dije con un poco de incredulidad: Señor, si tú existes, dame la oportunidad de vengarme de quien me tajeó la espalda, y permíteme que lo hiciera tanto como para dejarlo inválido. Domingo a domingo, venía el mismo predicador, y yo era uno de los que escuchaba en el corrillo de presos. Un día llegó a mis manos la Biblia, y me entretuve leyendo el Libro Sagrado, para poder así conocer los fundamentos de lo que enseñaban los pastores.

Domingo a domingo, siete días, y el pacto que había hecho con Dios, no daba resultado positivo. Juan Vásquez, mi atacante, continuaba aislado, sin que mi deseo de venganza, que nació con el anhelo de matar a mi contrincante, poco a poco fue bajando de intensidad. Ayer pedía su muerte, hoy sólo unos punzados, mañana ya sólo serían algunos golpes y llegó un día en que me dí cuenta que no le guardaba rencor. Me acerqué a las autoridades del presidio y les aseguré que era mi deseo ver a Juan Vásquez, decirle que lo perdonaba de todo corazón por su traidor ataque, y que no le guardaba rencor. Las autoridades del penal me miraron confundidas. ¿Sería posible

que “El Rubio Páez” hubiera cambiado tanto? Llorando me acerqué a Juan Vásquez. Lo miré llorando como un niño chico, a quien le han quitado su caramelo o su juguete favorito, le estreché la mano y le aseguré que no le guardaba rencor. Que había comprendido que por sobre la venganza hay un sentimiento mucho más grande, que es el perdón, y que la grandeza del perdón viene de su nobleza, del sacrificio que significa vencer el mal, colocándolo bajo el bien. Sin embargo, en muchas oportunidades, la lectura de la Biblia me atrajo dudas, pero esas dudas no eran lo suficiente fuerte como para romper la firmeza de mis pensamientos: Por qué motivo, si este libro no tuviera fuentes divinas, puede continuar a través de los años, portando tantas enseñanzas?; por qué motivo hombres sabios, dirigentes políticos que mantienen en jaque a grandes masas de personas, lo consultan a menudo?. Y como una respuesta a toda las interrogantes, dentro de mí, mi conciencia me dijo: Dios existe.

El mundo, el universo tiene que haber sido creado por El.

Y junto con ello, comprendí que los criminales tenían que pagar con cárcel sus maldades, así como el hombre honesto puede disfrutar con honor de la tranquilidad que le brinda la libertad. Y los remordimientos hicieron presa de mi corazón. El recuerdo de mi madre, a quien tantas lágrimas hice derramar por mi conducta, el de mis hermanos abandonados o semiabandonados por mí . . .

Y ese remordimiento, esa pena infinita que sentía cuando me acordaba de mi viejita, ya muerta, significaba que Cristo había entrado en mi alma. Pero los vigilantes antiguos, concedores de cómo eran los ladrones, no creían que se hubiera despertado en mí un sentimiento de moralidad. Y cada uno creía algo diferente. No faltaban los vigilantes que estimaban que todo no era otra

cosa que los efectos de un extravío mental. Otros, por el contrario, creyeron que mi arrepentimiento era fingido y parte de una comedia para hacer que Juan Vásquez pudiera circular libremente por la cárcel, oportunidad en que yo aprovecharía para vengarme.

Por fin, los menos, pensaban que mi arrepentimiento y el cambio de conducta obedecía a mi deseo de granjearme la amistad de las autoridades del penal quizás con qué ocultos fines. Nadie, o casi nadie, pensaba que en realidad yo había escuchado la palabra de Dios, y que el arrepentimiento era sincero, porque empezaba a sentir la convicción de una nueva vida. Una vida basada en la esperanza de que un Creador existe, y se preocupa de todos sus hijos, para brindarle su apoyo en el momento en que más lo necesita.

El nuevo camino que se abrió ante mí, era paradójicamente, todo lo contrario de lo que hasta ahora había sentido. Las ansias de ser malo, el orgullo de constituirme en el reo de más mala conducta de todas las cárceles chilenas, se trocó en un anhelo ferviente de ser honrado, de realizarme como un hombre honorable. Otra faceta desconocida de mi vida, fue el interés al trabajo, el deseo de formarme dentro de una profesión. Además, tenía la firme convicción de que ese Dios que empezaba ahora a existir para mí, podría un día abrir los cerrojos de la Cárcel. Y así, sin darme cuenta, noche a noche, después de haber leído algunos versículos de la Biblia, elevaba mis pensamientos solicitando a Cristo que me concediera la libertad para predicar su doctrina en el mundo.

Pero el deseo de libertad estaba unido al anhelo de enseñar a otros que existe ese Dios llamado El Evangelio. "Si salgo libre para continuar siendo maleante, es preferible que me dejes en la Cárcel", decía en esas oraciones que, torpe pero bien intencionadamente, iban sa-



El autor y varios reclusos de la Cárcel de Pulnes, cuando ya había escuchado la voz del Evangelio. El primero de la derecha, senizado, es el alcalde del penal, Adolfo Morales Soto.

liendo de mi mente, en esos primeros días de mi regeneración. Las autoridades carcelarias, al cabo de varias semanas, empezaron a cambiar. Mi conducta, hasta entonces muy mala, se había convertido en excelente, y los jefes de la prisión que en un primer momento no creyeron sincero mi arrepentimiento, tuvieron que convencerse, ante las evidencias, de que era yo otro hombre, distinto al que había llegado al Presidio de Bulnes, con tres condenas que cumplir.

Solicité permiso y fui autorizado para trabajar en calzado, oficio éste que parece ser la principal fuente de entradas para los presos que desean rehabilitarse. Corría el mes de Enero de 1939, y mi banca zapatera tenía muchos pares de zapatos a los cuales había que ponerles media suela, o tacos o arreglarles los contrafuertes. La noche del 24 de Enero, noche triste para los provincianos de Ñuble y Concepción, el fatídico terremoto llamado "de Chillán" derrumbó totalmente la Cárcel de Bulnes, que antes había sido construida durante el tiempo de Balmaceda. Dieciocho presos encontraron la muerte entre los escombros, en tanto que toda la población penal y el personal de vigilancia quedó lesionado, algunos con heridas graves, y otros con machucones sin mayor importancia. Trágico amanecer el del 25 de Enero de 1939.

Gritos de dolor por doquier entre los gruesos muros de la Cárcel sureña. Algunos presos que murieron aplastados por los derrumbes, encontraron allí mismo su sepultura. No era posible rescatar los cadáveres, mientras que en las celdas del lado, había otros que —aprisionados por las ruinas— se lamentaban de dolor. Yo mismo estuve más de tres horas bajo centenares de kilos de escombros, tierra y fierros retorcidos, junto a Eduardo Castro, uno de mis compañeros de prisión. Mis pensamientos, durante esas horas interminables, fueron dirigidos a Dios, y cuánto me ha alegrado después, de haber

encontrado el camino de la Fe, pues en esos minutos en que esperábamos la muerte, sólo Dios puede servir de compañía en medio de la soledad y de la incertidumbre. Eduardo Castro, que como digo, me acompañó en esos minutos, ahora es Pastor Evangélico, ya que también como yo, había seguido la senda de Dios, predicando en los patios carcelarios por ese grupo de Metodistas Pentecostales que nos visitaban domingo a domingo.

Cuando pensábamos que la muerte estaba junto a nosotros, y que era cuestión de segundos que llegara a arrebatarnos el hálito de vida que aún teníamos, siento dentro de mí mismo una voz dulce, que me dice: "No morirás". Recuerda que la Biblia dice que los cristianos serán levantados en las nubes y pasarán de muerte a vida..." Y cuánta sabiduría tienen esas palabras. La muerte en sí, no representa el término de la vida. La vida es un Don Divino, y como tal es eterno. Los hombres estamos sólo en tránsito en este mundo. La vida que viene después de la muerte es la verdadera vida, en donde gozaremos de la presencia de nuestro Creador.

Como de ultratumba, como de otro mundo, escucho a través de los escombros una voz que me pregunta: "¿Estás vivo, hermano Pavez...? La respuesta de Eduardo Castro y la mía, fue un grito gutural, nacido de la desesperación de sentirse enterrado en vida: ¡Sí...! ¡Sáquenlos por favor! Los golpes de la picota y los palazos ágiles que empezaron a remover los cientos de ladrillos que estaban sobre nosotros, hicieron que al poco rato pudiéramos vislumbrar la luz del sol, en el amanecer del 25 de Enero. Casi desnudo, con magulladuras en todo el cuerpo, y con tierra en la garganta, elevé mis ojos al cielo, en ese nuevo amanecer que para mí significaba también un nuevo vivir, y mis pensamientos sólo fueron para agradecer a Dios de haberme librado de una espantosa muerte.

El Alcaide del Presidio, Don Adolfo Morales Soto, a quien siempre recordaré con profundo aprecio y con hondo respeto, viéndome a tan mal traer, no dudó un instante en sacarse su chaqueta y su abrigo para que yo pudiera cubrirme.

Posteriormente, y gracias a su personal intervención, las diferentes lesiones que había sufrido a causa del derrumbe de mi celda, me fueron curadas.

Mi conducta antes del sismo, y también en los días posteriores, hicieron que el propio Alcaide me presentara al Gobernador del Departamento como uno de los reos ejemplares, y qué orgullo sentí cuando esa autoridad me ofreció su diestra para felicitarme. Antes de haber escuchado la palabra de Dios, creía firmemente que todo orgullo radicaba en ser un mal hombre, y ahora sentía que siendo honorable me constituía en un ser que podía, sin temor ni vergüenza, levantar la vista y mirar cara a cara a cualquier dignatario de gobierno. Unos días después tuve el privilegio de ser presentado también al Excelentísimo Sr. Pedro Aguirre Cerda, Presidente de la República, quien visitó la zona damnificada.

Ese hombre de baja estatura, de cara morena, con bigotes negros, era el prototipo del chileno, sano en sus sentimientos, franco en sus acciones y dispuesto a servir antes de esperar ser servido. El Primer Mandatario hizo que quedara constancia ante las autoridades locales de su formal promesa de indulto para mí, en cuanto fallara mi causa en los Tribunales de Alzada.

Como se sabe —o debe saberse— el Presidente de la República no puede intervenir ante el Poder Judicial, mientras el reo de una causa no haya sido rematado, es decir sentenciado en todas las instancias, a una determinada condena. Cinco días después, se recibió en Bulnes una comunicación del Director General de Prisiones, en

donde se disponía el traslado mío y de los compañeros de causa, al presidio de Concepción. La llegada a Concepción fue apotósica (si se me permite esta expresión en las condiciones nuestras).

El jefe de la Cárcel penquista nos hizo esperar por periodistas de los dos diarios locales: "La Patria" y "El Sur", quienes se interesaron en dar a conocer a la opinión pública la excelente conducta demostrada por nosotros durante los días que siguieron al sismo.

Tanto las autoridades penitenciarias de Concepción, como los propios periodistas, nos trataron gentilmente, y nos otorgaron todos los derechos que contemplan los reglamentos carcelarios. Por la noche, nuevamente a solas con mi pensamiento, me dije que todo esto no era sino obra de Aquel, a quien yo había escuchado una tarde de domingo en el patio de la Cárcel de Bulnes, cuando por cumplir una promesa de orgullo, doblé mi rodilla hincándome frente a un Pastor Evangélico Pentecostal. Asimismo, las autoridades nos dieron amplias facilidades para ejercer nuestro servicio religioso, y poder llegar hasta todos nuestros compañeros de cárcel.

El odio (que como dijo un gobernante) nada engendra, se había convertido en mí, en un amor a mis semejantes. Comprendía lo que sentía cada preso, y compadecía a aquellos que aún no habían adoptado una posición religiosa que les sirviera para sacudirse de la esclavitud del delito y del pecado.

Por espacio de dos años y cuatro meses permanecí en la Cárcel de Concepción. Ayudado por la Fe que ya no me abandonó jamás, mi trabajo consistió en efectuar toda clase de obras que redundaran en beneficio directo de mis compañeros de prisión, aún cuando muchos de ellos nunca llegaron a convencerse de la existencia de Aquel que les dio el ser.

Prácticamente funcionaba una Iglesia dentro del penal penquista, y durante ese período, tuvimos la grata visita de predicadores internacionales que llegaron con su palabra y su sabiduría, a calmar la sed de conocimientos bíblicos que yo notaba en gran parte de mis hermanos de reclusión.

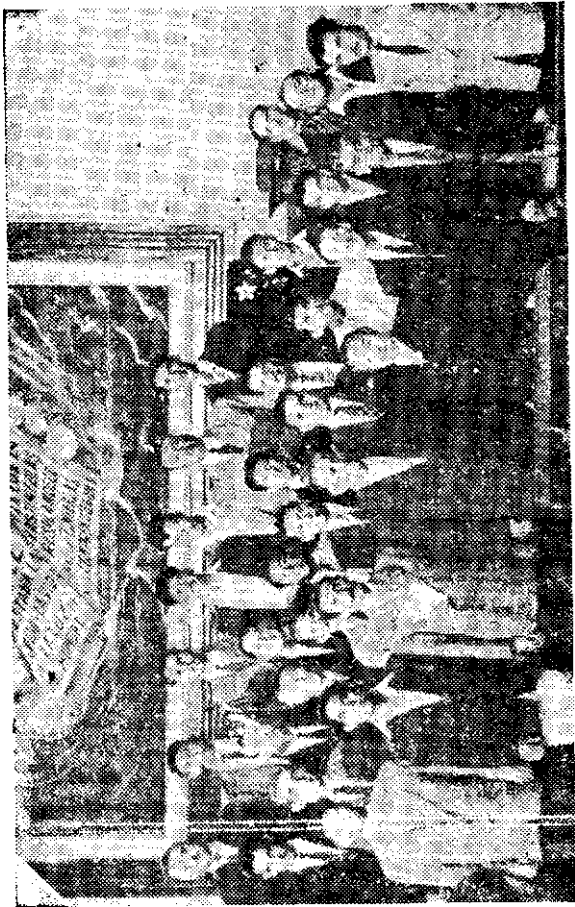
Con los dineros obtenidos por el trabajo, colaboramos en la adquisición de medicinas para las enfermerías, en la compra de ropas para aquellos presos que no contaban con medios económicos, y hasta formé un club de básquetbol, al cual se bautizó posteriormente con el nombre del Presidente Pedro Aguirre Cerda, a quien nombra- mos Presidente honorario del club. En todas estas ocu- paciones, los presos colaboraban con entusiasmo, y al mantenerlos así ocupados, alejábamos de ellos la negra sombra de la ociosidad que —como muy bien se ha di- cho— es la madre de todos los vicios. Pero todo no es alegría. Una antigua dolencia gástrica producida hace años por haber ingerido “pájaro verde”, licor preparado con alcohol de quemar, me agravé y fui conducido al Hos- pital Regional, como preso paciente. Mi buena conducta hizo que sólo tuviera un vigilante en el Hospital, y éste nunca se preocupó mucho, pues todo el personal de la Cárcel estaba convencido de que no haría nada contra- rio a mis principios religiosos, ni intentaría siquiera eva- dirme.

Pero el Hospital trajo para mí una grata nueva. Y la importancia que tuvo en mi vida futura esa grata nue- va, me obliga a cerrar aquí este capítulo, para dedicar otro en forma especial a esos acontecimientos.

TERMINO DEL SEGUNDO CAPITULO



El autor y un equipo de básquetbol de la Cárcel de Concepción. Por esa época el autor era presidente del equipo de básquetbol "Pedro Aguirre Cerda" de ese penal, resultando campeón en una competencia realizada en 1940.



El autor acompañado del señor Obispo Evangélico, jefe de la Misión Metodista Pentecostal.
Reverendo Manuel Umaña Salinas y de su distinguida esposa.

CAPITULO N° 3

La precaria salud que por aquel tiempo tenía hizo que las autoridades penitenciarias me trasladaran al Hospital de Concepción. Durante mi estada en ese centro hospitalario, conocí a una Dama que en su calidad de secretaria de un Centro o Instituciones Filantrópicas, visitaba Hospitales y cárceles haciendo obra de caridad y culturizando a los enfermos y penados.

Perdóneme el lector si guardo en reserva su nombre, pero el respeto que su memoria merece, servirá de toda explicación para ese secreto. Esta señora, a quien ya conocía pues antes había estado de visita en la Cárcel de Concepción, tuvo la gentileza de atenderme por algunos minutos en mi lecho de enfermo. Esa noche me fue imposible conciliar el sueño. Por primera vez siento una atracción muy especial hacia una mujer. No era sólo la atracción sexual, que hasta ahora había experimentado, sino el deseo de iniciar con ella una vida nueva, apoyándonos mutuamente. ¿Será amor? Fue indudablemente amor. Ese amor que hace olvidar todo cuanto se es y mirar sólo bajo el cristal rosado del romanticismo.

Debe haber sido el amanecer cuando con mano temblorosa escribí en un papel una tierna declaración amorosa, tan tierna como la podía hacer un hombre que pocos años antes no escatimaba esfuerzos en robar, y no sentía remordimiento al herir a quien se interpusiera en su camino delictual. Un vigilante hizo las veces de correo de Cupido, y la misiva llegó a manos de esa señora.

Esa tarde, alrededor de las tres, antes de tomar once, llegó ella al Hospital. Dijo que deseaba contestarme personalmente, y su respuesta fue otra de esas extrañas cosas que yo sólo atribuyo al poder de Dios.

En esa conversación, ella vertió sus pesares, sus sentimientos y sus esperanzas. Había enviudado hacía cosa de semanas, y su marido había fallecido en la misma sala en donde yo ahora me encontraba internado. Era madre de cinco hijos, todos niños chicos, y su esposo, que se había desempeñado como periodista del diario "La Patria" de Concepción, no le había dejado grandes rentas para la educación de los menores.

Cuando el amor golpea en el pecho de un hombre después de los treinta años de edad, el romanticismo es mucho más duro, y todo se puede contemplar con la tranquilidad con que se mira desde lo alto del cerro costanero la puesta del sol en primavera.

Le aseguré con palabras febriles que cinco o diez niños no harían cambiar mis sentimientos hacia ella, y mis oídos no creyeron haber escuchado la respuesta que surgió de sus labios. Ella, la que ya estaba puesta en una especie de altar en mi corazón, también me quiso desde el mismo momento en que me vio por primera vez. Al igual que yo, la noche la había pasado en vela recordando cada minuto de nuestro encuentro, cada palabra de nuestra corta conversación, cada gesto de sus ojos.

A los cortos días, soy dado de alta y me trasladan al presidio de Concepción. Posteriormente, a las dos semanas de haber ocurrido esto, se recibe la orden de que junto con mis compañeros, retornemos a la Cárcel de Bulnes.

El romance iniciado en el blanco escenario de una sala común de un Hospital, continuó sin problemas en Bulnes. Ella viajaba periódicamente a esa localidad cercana a Concepción, sólo para verme en la reclusión de la Cárcel.

Y nuestro amor, quizás por estar separado por los fierros de las celdas, los candados de las rejas y la distancia, era aún más fuerte. A los seis meses de mi declaración amorosa, y pese a estar condenado a cadena perpetua, ella dijo que sí. Firmó el acta matrimonial conmigo frente a un Oficial Civil, siendo testigo del acto un pastor evangélico y un vigilante. No me atrevo a asegurarlo en forma enfática, pero seguramente ese fue el primer matrimonio contraído por un reo que está sentenciado a cadena perpetua. Por ese tiempo, también, se recibe la confirmación de las Cortes de Apelaciones y Suprema de la perpetua, y se dispone mi traslado a la Penitenciaría de Santiago, para el cumplimiento de la sentencia.

El pueblo, informado de esta confirmación de la pena, y conociendo la conducta ejemplar que había tenido junto a mis compañeros de causa, durante los días del terremoto de 1939, elevan una solicitud pública al Presidente de la República, Excmo. Sr. Juan Antonio Ríos, para que se nos indulte definitivamente.

Esa solicitud fue firmada prácticamente por todos los habitantes de Bulnes, incluyéndose el Cura Párroco, Don Matías Madariaga.

El Primer Mandatario accedió en parte a esa solicitud, rebajando nuestras penas a la reclusión por veinte años. Algo es algo, pero veinte años es mucho esperar cuando uno está recién casado, enamorado de su mujer, y cuenta ya con treintisiete años de edad. Pese a que me descorazoné un poco, pues pensaba firmemente que podría ser indultado.

Continué mis labores de predicador dentro del recinto carcelario, y mi buena conducta hizo que las autoridades penales me otorgaran una tarjeta especial de libre

tránsito dentro del penal, beneficio que hasta ese entonces, nadie había logrado obtener. A los pocos meses mis compañeros me nombraron Presidente del cuadro Artístico de la Penitenciaría de Santiago, honor que me obligó a continuar trabajando con los reos, ya no sólo en las actividades de evangelización, sino también en aquellas otras deportivas y culturales.

Mientras tanto, mi esposa se había trasladado a Santiago, y arrendaba una pieza en calle Franklin, pagándola con lo que yo ganaba dentro de la Penitenciaría, haciendo trabajos de reparación de calzado. Ella ubicó en diferentes diarios de Santiago, a colegas de su primer marido, para que me dieran las reparaciones de sus zapatos, con lo cual el trabajo en mi banca zapatera no mermaba mucho.

Por ese tiempo, 1941, llegó como jefe de la Penitenciaría Don Luis Espinoza, y fui justamente yo quien le dio la bienvenida a nombre de la población del penal. En ese tiempo también, la Penitenciaría cumple cien años de existencia, y con motivo del centenario, me toca el privilegio de ser elegido el reo de mejor conducta del penal, para solicitar una gracia del Supremo Gobierno. En esa oportunidad solicité el indulto general para la población completa de la penitenciaría. La solicitud no fue aceptada por el gobierno, y la vida continuó dentro de la Penitenciaría, como todos los días, con sus horas de encierro, los trabajos en los talleres, y mis prédicas evangélicas.

Los buenos tratos que me otorgaron en la Penitenciaría, y la mayor responsabilidad que tenía que desplegar para poder mantener un hogar, reavivaron mis deseos de surgir. Mi banco zapatero no tenía descanso, y entre una media suela y un taco, las palabras, fluían de mis

labios, para hacerles entender a mis compañeros de presidio la necesidad de creer firmemente en la existencia de un Dios, que tiene por oficio (como lo dijera Ercilla al finalizar su Araucana) el olvidar la afrenta y no el servicio.

Sin embargo, todo lo que ganaba se hacía poco, ya que tras las rejas de la prisión había una mujer y cinco niños a quienes alimentar.

Por ese entonces el Patronato Nacional de Reos organizó un taller de costura para darle trabajo a las esposas de los penados, quienes así, podrían solucionar dignamente el problema que significa tener al jefe del hogar en una celda de la Penitenciaría. Mi esposa, seleccionada por las autoridades de esa Institución, se desempeñó —desde su creación— como jefe de taller, y fue asesorada con cariño por algunas profesoras y asistentes sociales.

Su simpatía, generosidad y altos ideales, le granjearon el cariño de sus compañeras, y hasta del jefe del penal, que depositó en ella toda su confianza, entregándole —incluso— fuertes sumas de dinero para efectuar las compras de material en las industrias textiles.

Cuando se inauguró oficialmente el taller de costura, que funcionaba frente a la Penitenciaría, concurren a la ceremonia el Ministro de Justicia, y algunos altos magistrados de las Cortes Suprema de Justicia y de Apelaciones de Santiago. Esas autoridades, al comprobar la labor que se ejecutaba en el taller, y los nobles sentimientos de mi esposa, le otorgaron la gracia de rebajar diecisiete años la pena de 20 que tenía que cumplir yo, en virtud de las sentencias condenatorias a que me había hecho acreedor. En realidad, mi esposa, siempre velando

por todas sus compañeras, había solicitado tal gracia para la totalidad de los penados, cuyas mujeres se encontraban trabajando en el taller.

A los pocos días el Capitán Murillo, que prestaba sus servicios en la Penitenciaría, ordenó al taller que dirigía mi esposa, un trabajo especial para su señora. Mi mujer, por cierto, se dedicó preferentemente a vigilar que ese trabajo quedara impecable.

Cuando el Capitán Murillo retiró las prendas encargadas, se admiró de la forma en que se había confeccionado, y de inmediato se puso a la disposición de mi señora, para ayudarla en todo cuanto él pudiera. Cuando supe de la ayuda ofrecida por el oficial, y apoyado por algo que sentía desde hacía ya muchos años, me atreví a solicitar una gracia. Aquí permítame el lector que haga un recuento, para una mejor explicación.

Muchos años antes, en 1936, cuando me encontraba recluido en la Cárcel de Bulnes, se produjo en España la Guerra Civil, la más cruenta de las revoluciones que recuerda la historia de la Madre Patria.

Yo, por entonces, me dediqué a leerles a mis compañeros de presidio todas las informaciones relacionadas con este hecho bélico, y dentro de los patios carcelarios, pronto se formaron dos grupos. Unos apoyaban a Franco, y los otros a los Republicanos. En este último grupo estaba yo.

Quizás por haber pasado muchos años de mi juventud junto a las minas, sentí una admiración notable por el General Miaja, que dirigía sus batallones formados por los mineros asturianos. Dentro de esa admiración, comparaba a Miaja con otro hombre de armas, este chi-

leno, y que también hacía noticia como revolucionario, Marmaduque Grove. La simpatía que sentía por Grove, hizo nacer en mí el deseo de estar libre para servirle de guarda espaldas.

Sin darme casi cuenta, dentro de mí mismo sentí que alguna vez conocería a Marmaduque Grove, y que él me sería útil. Cuando el Capitán Murillo, le ofreció a mi mujer su colaboración, Marmaduque Grove, líder de los socialistas populares, era senador de la república. Otro militante de ese partido marxista, se desempeñaba como Ministro de Justicia, don Enrique Arriagada Zaldívar.

Estando en conocimiento de que el Capitán Murillo era amigo personal del senador Grove, le aseguré a mi mujer que debíamos aprovechar la oportunidad y solicitarle una carta de presentación a Marmaduque Grove.

El líder socialista recibió gentilmente a mi esposa en su casa particular. Ella le contó detalladamente la forma en que se produjo el romance que terminó con nuestro matrimonio. Enfatizó en mi cambio, en mi calidad de evangélico, en mi buena conducta, y le solicitó su intervención personal, para que se me concediera el indulto definitivo.

Grove, después de haberla escuchado con profunda atención, la calificó de "mujer valiente" y le dijo estas tres palabras que constituyeron su promesa y posteriormente se transformarían en la libertad: "Su esposo va a salir". Una de las cosas que más llamó la atención de mi benefactor fue el hecho de que habiendo sido yo un delincuente, un peligroso asesino, me hubiera transformado en un hombre de bien, que trabajaba con esfuerzo para mantener cinco hijos ajenos.

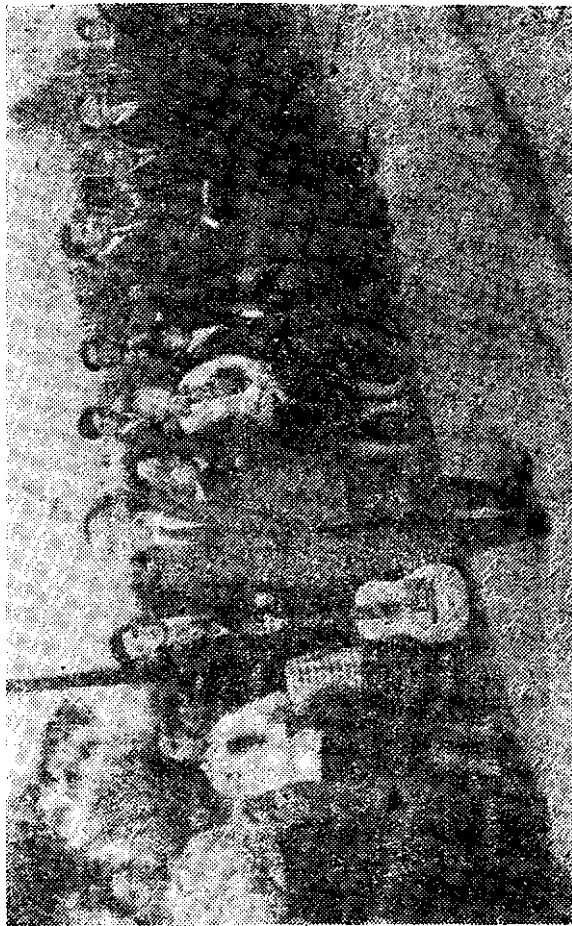
El mismo senador Grove, haciendo caso omiso de las disposiciones legales que prohíben hacer dos peticiones de indulto en menos de un año, llevó personalmente mi solicitud al Ministro de Justicia, pasando por sobre los conductos regulares, que siempre han sido engorrosos en nuestro país.

A los pocos días, mi esposa era citada al gabinete del Ministro de Justicia, y recibe de él, el derecho supremo que me indulta. Y fue ella misma, quien, con sus manos temblorosas por la emoción y el agradecimiento, lo llevó a la Oficina de Partes de la Penitenciaría. Lo insólito del indulto, y sobre todo del procedimiento seguido, tomó de sorpresa al propio director del establecimiento penal, quien telefónicamente confirmó con el Ministro la veracidad de la orden de libertad.

Dios me había dado la seguridad de que saldría libre, y es por eso que cuando me dijeron que podía abandonar el penal, mis bultos que contenían mis pobres enseres, estaban dispuestos. El 26 de Enero de 1946, abandoné la Celda N° 7, conocida como La Capilla. Dentro de ella se quedaron los recuerdos de muchos años de que sólo el Evangelio pudo convertir a un asesino, en un pobre digno y en un esposo amante.

Quedaban también atrás, entre los muros de esa celda N° 7, los últimos minutos pasados en "La Capilla" por criminales famosos en el mundo del hampa, tales como el Che Galdámez, el Ordóñez y Lillo, que pagaron con su vida, los años de robo, inmoralidad y asesinatos.

Cuando con paso firme abandoné la celda, no pude menos que estremecerme. ¿No había sido yo también uno de esos hombres perdidos, dispuestos a todo, asesi-



El autor, yz en libertad, en plena labor de prédica en el sector Los Dominicos, cuando se desempeñaba como guía. Esta Iglesia corresponde a la Matriz de Calle Jotabecho Nº 40, administrada por el Reverendo Javier Vásquez Valencia.

nos que matan sin temblar la mano, alevosamente, para obtener dinero con que seguir en su carrera de perdición?

Sí, yo había sido uno de ellos, había sentido orgullo de matar y de robar, pero la gracia de Dios me hizo comprender a tiempo, que el único orgullo que podemos anhelar en este mundo, es el de continuar predicando con el ejemplo, la palabra de ese hombre divino que llegó a la tierra para predicar el amor, y que murió entre dos criminales, en el Gólgota.

¡Cuánto bien haría que de vez en cuando, los penados de todas las cárceles, olvidaran sólo por minutos su sed de delito, para dirigirse a Aquel que todo puede!

Con dos maletas en las manos y un atado con mis herramientas, y con cien pesos en el bolsillo, miré desde la calle los torreones de la Penitenciaría. Detrás de sus muros quedaban muchos, entre quienes habíamos sembrado la simiente de la palabra de Dios, pero lamentablemente no toda la semilla cae en terreno fértil. Algunas, caen a la orilla del camino, y sirven de alimento a las aves del cielo, o son pisoteadas por los caminantes. Otras, sin embargo, son recibidas en el surco fértil de la buena tierra, y crecen como plantas hermosas para gloria de Aquél que las sembró.

Quizás lo más emocionante fué mi llegada a casa, al hogar que desde entonces compartiría con mi mujer, la verdadera artífice de mi libertad. Una sola pieza, unos pocos muebles, pero dentro de esas cuatro murallas situadas en medio de un cité, el amor de una mujer y el respeto de cinco chiquillos. —Desde hoy, en esta pieza manda Ud. Esas fueron las palabras con que ella me recibió.

En la misma pieza armé mi banca zapatera, y mis manos trabajaban firme con la lezna, pinzas y el martillo,

para alimentar a mi esposa y a sus cinco niños, y para atender a mis ex-compañeros de presidio, que habiendo encontrado también el buen camino, llegaban como hijos pródigos a golpear las puertas de mi pobre hogar. Trabajo no faltaba, y habiendo trabajo y deseos de trabajar, la vida del pobre se torna un tanto sonriente y dulce.

Y por las noches, la alegría de poder salir a caminar sólo por caminar y mirar las estrellas. Respirar el aire que sopla desde lo alto de los árboles y saberse un hombre libre, dueño de sus actos, honrado, sin temores ni de Dios ni de la Justicia humana.

Cuantas veces en esas caminatas llegaba hasta los mismos muros de la Penitenciaría, y me estremecía al pensar que catorce años de mi vida, los había pasado tras ellos o los de otras cárceles, por no haber comprendido la verdad de que sólo el bien trae el bien, y que en el bien se anida la legítima felicidad.

Durante muchos años fuí a las diferentes cárceles, para conversar sobre Dios, y sobre su Evangelio, con aquellos hombres que se encuentran reclusos. Muchos de ellos han escuchado con buena fé mis palabras y encontraron el camino del Redentor.

Y predicando junto a estas oraciones viene a mi mente un recuerdo, lo que afianza aún más mi fé, un pasaje de mi vida en que como el año 1928, me encontraba en el puerto de Tocopilla donde yo era conocido por lo demás, como un peligroso delincuente, al extremo que las autoridades no deseaban ver ni siquiera mi sombra, y no teniendo ningún cargo concreto contra mí, me hicieron esta propuesta: Te echamos en un barco, o te vas a la pampa, o te endilgamos por el camino a Antofagasta que corre por las orillas de la playa. Acepté esto último,

fué así que acompañado por un par de detectives, ellos a caballo y yo a pié, me guiaron unos diez kilómetros por el camino que debía seguir yo solo, donde no hay nada más que mirar además del mar, y a la izquierda, la Cordillera de la Costa. Caminando triste y cansado, al llegar la tarde, de repente, sentí los rugidos de inmensos lobos, se trataba de unas loberas de mar, a pesar de no conocer el miedo pero algo me hacía pensar si estos pudieran andar en tierra a lo mejor me comerían. Sentía como si los pelos se me pusieran de punta. Sigo caminando, ya el sol se escondía allá en el mar, me preguntaba donde dormir, con que taparme, y el frío ya se empezaba a hacer sentir, trataba de sobreponerme a todo esto; de repente veo venir a lo lejos dos bultos en dirección opuesta, pero distante de la huella que yo llevaba, al cruzarnos a una distancia de tres cuabras, me hacen señas, acudí a su llamado, sentí un gusto tremendo cuando reconocí a esas caras, se trataba de dos delincuentes que de Antofagasta iban peregrinando hacia el norte, ellos llevaban con que taparse, algo de comer, fósforos, etc. y me compartieron de todo, ¡ah que feliz me sentí en ese momento!. Dormimos juntos, hicimos grandes fogatas, con huiros secos, al otro día ellos siguen hacia el norte y yo al sur, a la mitad del camino, más o menos, llegué a una caleta pescadora, donde se me presenta otra mano protectora, se trataba de un camión, el cual me llevó hasta el puercecito de Gatico. Otra vez quedé solo, no sabía que hacer, no conocía a nadie, sólo hay un mineral no muy cerca, me dirigí hacia allá, a buscar trabajo. A medida que me acercaba al campamento, alguien también se acercaba a recibirme para pedirme los documentos, me preguntó: ¿Que desea? Le contesté, trabajo. Me contestó, ¿Que no me conoce amigo? Parece, le contesté.

¡No se olvide que yo fuí Sargento de Carabineros en Tocopilla! y como lo conozco a usted como ladrón, aquí no podrá trabajar... Como no podía negarle sólo le pedí permiso para descansar un poquito, para comprar una taza de café, me accedió permiso, pero él me acompañó, voy suplicándole que no me delate, que no haré ningún perjuicio más. En eso yo estaba, cuando como un milagro aparece un hombrecito trabajador, honrado, y me habla como si antes me hubiera visto, y me dice con tanto cariño, "amigo Enrique... vamos a comer algo a la cantina... claro que se oponc el sereno, pero bajo su responsabilidad me dejó ir. Dormí y comí a "cuerpo de rey", también me dió plata para el bolsillo. Al otro día tengo que seguir viajando, vuelvo a Gatico, estoy nuevamente solo, al atardecer de ese día me acerco a un caballero, y le conté mis penurias, se conmueve y me dice: yo sigo viaje en camión a Michilla, espere, lo llevaré.

Así fué llegamos al Puerto de Michilla como a las tres de la madrugada, hacía mucho frío y pensaba me voy a helar de frío aquí entre las rocas, como adivinándome el pensamiento me dice: no se aflija, aquí me están esperando, buen trago, buena cama, así fué dormimos juntos. Al amanecer del día siguiente me invita al mineral donde trabaja, y a la vez a trabajar en la mina, y él pertenecía a la Filarmónica, era el presidente. Nos fuimos en unos capachos a la mina que son los que bajan el metal en andarivel al puerto de arriba de la Cordillera de la Costa; llegamos, me consigue trabajo, y encuentro un amigo, es un choro plantado, que se había dedicado a trabajar, ya cansado de la mala vida.

Ahí trabajé unos días y estudié como dar el golpe. Salí en busca de minas chicas, pirquineros, los que buscan granitos de oro, les oferto, les vendo barato, con la condición de que ellos mismos transporten el botín, el cual consistía en: Dinamita, Guía, Fulminante, todo al por mayor. El polvorín estaba retirado del campamento, y mis manos ya habían fabricado una llave que al ponerla en la puerta se habría de muy buena voluntad, hecho el trabajo, recibí el dinero y se terminó.

Esto lo he contado porque cuando estaba orando me vino este pensamiento que Dios es justo y bueno, aún cuando uno es malo, y que sólo mi vida se la debía sólo a su voluntad.

Pasaron veinte años felices hasta el día que Dios quiso nuevamente probarme, y arrebató de mi lado a la mujer que me trajera de Concepción, cuando era un penado enfermo en un hospital. Mis hijastros, ya grandes, estuvieron todo el tiempo a mi lado junto a mí, ayudándome en cuanto necesitara.

Y Dios me hizo primero criminal, luego me dió la buena suerte y me trajo la mujer para que me guiara, cuando lo estimó conveniente, en su suprema sabiduría, me la quitó, volvió a mirarme con ojos benevolentes.

Una mujer llegó a mi lado, y ésta completó la dicha de todo hombre de bien que se respeta, dándome dos retoños, una pareja que han robado mi corazón, y que hacen olvidar las cicatrices del pasado en medio de la ternura con que me dicen "Papito".

De una cadena perpetua a la felicidad de sentirse libre. Con cuanta razón puedo cantar:

Hay una senda que el mundo no conoce.
Cristo una senda que yo pude encontrar.
En Cristo tengo la salvación de mi alma.
Cristo es la senda que me pudo salvar.
Aquel camino de tantos sufrimientos.
Es el camino que el mundo me trazó.
Fue transformando en aquel feliz momento.
Cuando mi Cristo a mí me rescató.



Fotografiar reciente del autor, acompañado de su esposa y de sus dos hijos, en su casa habitación en Santiago.